
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON



DISCURSO

PRONUNCIADO EL DIA 14 DE JUNIO DE 1876

CON MOTIVO DE LA

BENDICION DE LAS BANDERAS

DEL

1.ER REGIMIENTO DE INFANTERIA DE MARINA,

EN LA

IGLESIA PARROQUIAL CASTRENSE

DE LA

CIUDAD DE SAN FERNANDO,

POR EL PRESBITERO

D. MARIANO MORENO Y HERRERO,

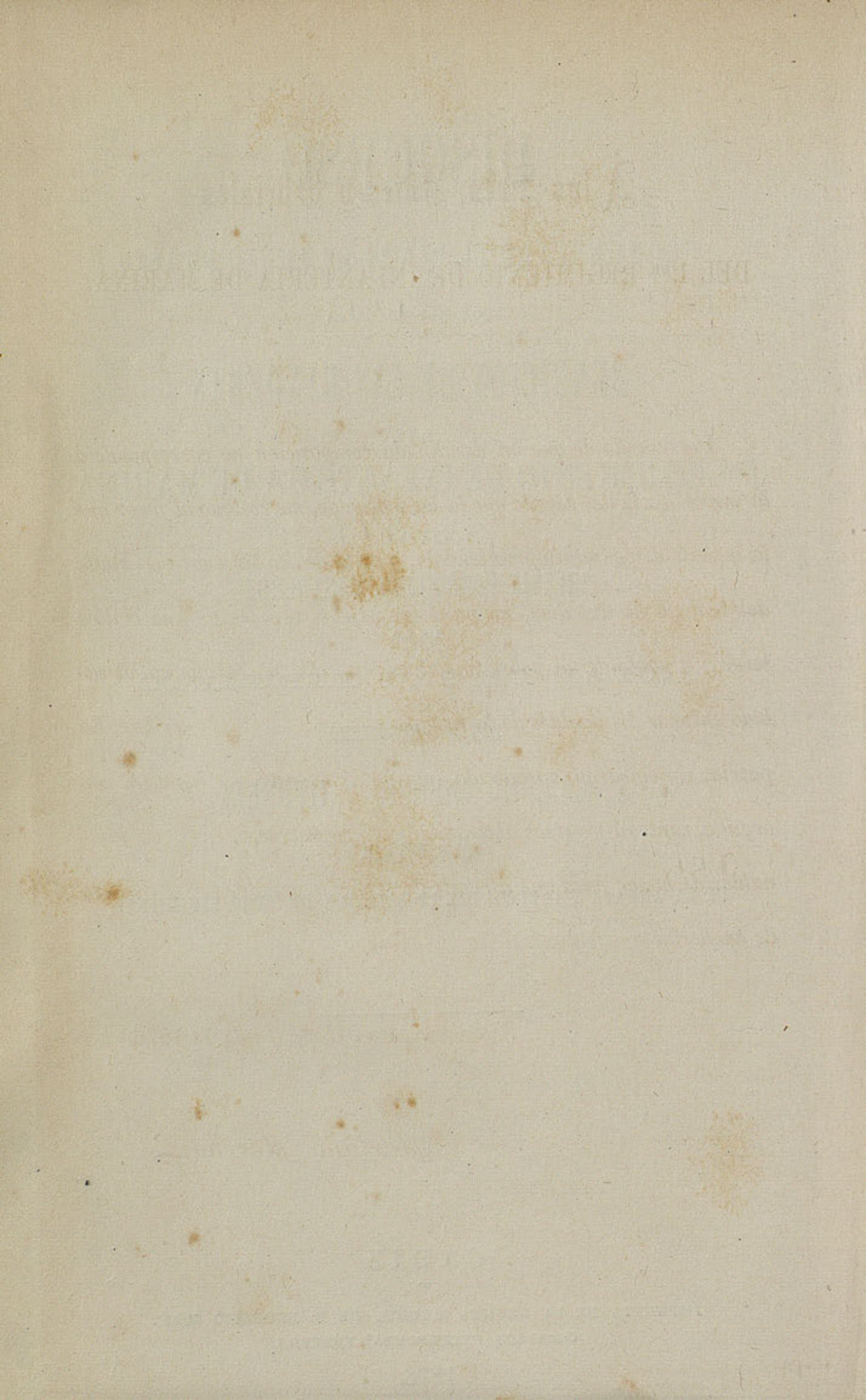
3.er CAPELLAN

DE LA ARMADA Y PARROCO DEL 1.er BATALLON DE DICHO REGIMIENTO.

CADIZ

IMPRENTA DE LA REVISTA MEDICA, DE D. FEDERICO JOLY.
CEBALLOS (ANTES BOMBA), NÚMERO I.

1876.



A los Sres. Jefes y Oficiales

DEL 1.ER REGIMIENTO DE INFANTERIA DE MARINA.

Persuadido de que mi desaliñada composicion no corresponde á la importancia del asunto que la ha motivado, me resigno al favor que la quereis dispensar imprimiéndola, y os la dedico tal cual es. Fruto del trabajo de dos dias, no puede resistir el exámen de una crítica severa; y parto de mi pobre imaginacion, dicho se está que no ha sabido entonar los acordes de la lira para cantar vuestras glorias. La patria, sin embargo, agradecida, pronunciará vuestros nombres con orgullo, cantará vuestras alabanzas y ceñirá vuestras sienes con guirnaldas de honor para que á vuestro ejemplo se multiplique el número de los heróicos defensores de su bandera.

SAN FERNANDO 15 *de Junio de* 1876.

Mariano Moreno

Arma autem ipsorum et spólia congregantes, sabbabum agebant, benedicentes Dominum, qui liberavit eos in illa die.

...... Y reuniendo los despojos y armas de ellos celebraron el sábado bendiciendo al Señor que los libró en aquel dia......

Lib. 2.º de los Mach. cap. 8.º ver. 29.

Excmo. Señor: (*)

¡Qué afectos tan vehementes sienten hoy nuestros corazones! El corazon humano, esa planta tan delicada, que se alimenta con algunas gotas de rocío que caen aquí y allí del cielo para él: el corazon humano, que se conmueve por los más ligeros hálitos, y es feliz por dias enteros con el recuerdo de una palabra pronunciada, de una mirada dirigida, de un consuelo, dado por la boca de una madre, por la mano de un amigo; el corazon, cuyo latido es tan calmado, en su verdadera naturaleza, casi insensible, á causa de su misma sensibilidad, se conmueve, es arrebatado cuando le toca una sola gota del rocío del amor.

Las primeras gotas de este rocío se deslizan insensiblemente entre las tiernas fibras del corazon del niño. Cuando niños amamos ya la habitacion en que nos sentamos al lado de nuestros padres, el árbol que defiende con su sombra nuestra vivienda, el huertecillo en que nos entregamos á nuestros juegos infantiles, y hasta la flor sencilla que crece en la maceta de nuestra ventana, son objetos bien amables para nosotros; y el perfume de aquellas flores, y el eco de las campanas de nuestra parroquia, y las prácticas y ejercicios de la niñez, forman un conjunto poético que conservamos toda la vida en nuestra imaginacion, fresco y risueño.

Del mismo modo que cuando niños amábamos las paredes de nuestro hogar, hemos amado despues el pueblo que nos vió nacer, y más tarde la nacion entera. Ese dulce sentimiento que nos hace amar el pais en que hemos visto la primera luz se denómina amor patrio: sí, amor patrio: luz pura, luz sagrada, cuyo resplandor irradia del centro á la circunferencia; amor, que nacido en el rincon de

(*) Presidia el acto el Excmo. Sr. Capitan General del Departamento, D. Ramon Pery y Ravé.

una cabaña, donde empieza á latir el corazon del niño, difúndese á medida que se ensancha el círculo de sus relaciones, á medida que su inteligencia se desarrolla y su espíritu se fortalece.

Acostúmbrase á designar la patria con el dulce nombre de madre. En efecto, ella es la que nutre nuestro cuerpo con los alimentos que produce; su aire, su clima, forman una parte tambien de nuestra naturaleza, su gobierno provee á nuestra educacion, y su religion nos encamina al cielo.

¡Cuanto más amable y bondadosa es una madre, tanto más acreedora se muestra á la ternura de aquellos á quienes dió el ser! Por eso nosotros, que podemos llamar á España nuestra madre patria, cuando contemplamos ese océano de azul purísimo que cubre nuestras cabezas; cuando vemos esa mágica luz que pinta y esmalta nuestros maravillosos monumentos; cuando respiramos ese aire lleno de fragantes aromas; cuando oimos ese ruido melancólico con que el rumor de la ola viene á morir en nuestra playa; cuando consideramos tantas maravillas que tienen estrecha armonía entre su naturaleza y nuestro espíritu, no podemos ménos de decir: hé aquí por qué quiero que, así como en ella ví mi primera luz, en ella tambien reposen mis ignoradas cenizas.

La patria, señores, el estado es la unidad y la solidaridad de una gran familia humana. Mas nuestra patria es tambien una cosa sublime, pero es al mismo tiempo una cosa sagrada, porque todos nuestros grandes períodos históricos están sellados por un principio constante y manifiesto; el civismo y la religion. Desde que España se honra con una alianza especial con la Iglesia, el amor de la religion y el amor de la patria parecen no tener más que un mismo objeto; la religion ensalza y santifica el amor de la patria, y de estos dos amores, se forma una especie de patriotismo sobrenatural. Tal ha sido para los españoles en todo tiempo el amor que profesaban á su patria, y el amor que consagraban á su religion; doble amor en que, sin separarse la adhesion á Dios de la adhesion al estado, hacia que saliese de todos los corazones un impulso que explicaba un poeta de este modo: "Si es una ilustre fortuna morir por su príncipe, cuánto más no deberá ser morir por su Dios."

De aquí que el guerrero español coloca la cruz en el escudo de sus banderas y las deposita como trofeos en las paredes del santuario, y las trae á bendecir á nuestros templos, y las coloca al pié de

nuestros altares; para que bendecida y consagrada por Dios la bandera nacional, represente los intereses más sagrados y las glorias más legítimas de la patria; (y ved aquí el pensamiento fundamental de mi discurso).

Si yo intentara, señores, hacer alarde de una vana erudicion poniendo en juego los recursos de la elocuencia, nunca mejor ocasion podia presentárseme. El bellísimo cuadro que ofrece hoy el templo, donde se despliega toda la pompa y magnificencia del culto católico, en consorcio con las glorias nacionales, es más que suficiente para interesar un corazon helado y dar vida á una imaginacion árida y marchita. Pero aparte de que me está recomendada la brevedad, no puedo yo tampoco olvidarme de la severidad que exige la santidad de este sitio.

Solo me propongo recordaros, que la bandera nacional ha sido siempre para el soldado español el emblema de su religiosidad y su amor patrio: que la bandera nacional es para vosotros el recuerdo de las pasadas glorias; el estímulo de los grandes pensamientos y de los heróicos hechos; y la señal de la victoria.

Conozco mi incapacidad para desempeñar tan difícil cometido con la uncion y dignidad debidas; y mucho más, teniendo en cuenta vuestra ilustracion y cultura. Ayudadme, os ruego, á implorar los auxilios de la divina gracia, de quien dimana toda luz, poniendo por intercesora á María Inmaculada, que preside nuestra fiesta, y dirigiéndola al efecto la consabida salutacion angélica.—*Ave María.*

I.

Dios formó los pueblos y les dividió la tierra, y se constituyeron las sociedades; y todo hombre contrae en su nacimiento los más estrechos vínculos con la patria que le dió el ser. Las relaciones más sagradas, los lazos más respetables de padre, de hijo y de esposo, desaparecen en presencia de esta primera obligacion.

La patria es la madre comun á quien todos deben obedecer, y cuya imperiosa voz debe ser escuchada con preferencia á todos los demás afectos terrenos: y todo, riquezas, salud, honor y vida, debe pesar ménos en la balanza de nuestras almas que el bien de la sociedad.

Sin embargo, señores, es preciso confesar que este amor patrio,

impreso en nuestros corazones por la misma naturaleza, es un freno demasiado débil para contener los afectos del hombre, inclinado á posponer el bien comun al interés particular. Por eso ha sido necesario que la religion alce su voz y, sobreponiéndose á la humana naturaleza, venga en socorro de la sociedad, consagre sus derechos, inculque nuestros deberes para con ella, haciéndolos sagrados, impetre con sus oraciones la ayuda de Dios en favor de los defensores de la patria, una los símbolos de la religion á los emblemas nacionales, coronando con la cruz la bandera nacional y formando del pensamiento religioso y de la defensa de la patria ese doble patriotismo, que me he permitido llamar antes sobrenatural.

¡Qué ejemplos tan ilustres del heróico valor que infunden en el pecho del soldado estas dos sublimes idéas, ofrece nuestra España en los dias de su mayor gloria! Nuestros antiguos reyes recibian de mano de los obispos el estandarte sagrado al pié de los altares; allí, los españoles pundonorosos y llenos de piedad iban á implorar el auxilio del cielo: allí en presencia del Dios de los ejércitos, humillaban, cubiertos de hierro y acero, aquellos brazos triunfantes, aquellas cabezas victoriosas: allí deponian aquella ferocidad y bravura cristiana que los hacía invencibles; de allí, en fin, salian llenos de ardor bélico para arrojarse intrépidos en las batallas, y formar en ellas con sus cuerpos un baluarte, una muralla impenetrable á la espada del enemigo.

Guiados de esa enseña santa vuestros antepasados, los valientes militares que os precedieron, enarbolando su estandarte, le presentaron á la faz de las naciones, llevándolo victorioso á Cuba, á Filipinas, á Méjico, á las cimas de los Andes, al Indostan, al gran imperio del Tíber, y á las dilatadas provincias del Congo, del Nepar y Angola, ganando nuevos territorios para la madre patria, y convirtiendo á la vez los aduares y pagodas de los gentiles, en templos santos del verdadero Dios y en alcázares de su invencible bandera.

Y el guerrero español defendia con su escudo la imágen de María grabada en la bandera nacional; y María protegia á sus hijos bajo los pliegues de su bandera y los conducia milagrosamente á la victoria. Y los guerreros españoles en sus conflictos y peligros acudian á Dios por medio de María, que era el timbre más glorioso de su bandera, en la seguridad de ser protegidos por Ella: por eso se presentaban impávidos uno contra mil en las montañas de

Asturias: por eso, entre los horrores de la guerra, cuando el plomo y el acero esparcen el terror y la muerte por todas partes, entre el humo del cañon y el estampido de la bomba, mirando á su bandera, á España y á María, invoca el soldado español, y entra con valor y confianza en la lid; por eso entre el furor de los elementos al atravesar los dilatados mares, cuando la tempestad ruge, el huracan se desencadena y las olas amenazan al desarbolado bajel.... cuando no hay medio humano de salvacion y todo se considera perdido, España y María, dice el marinero; España y María, repite el Infante de Marina pidiendo proteccion; y la tempestad cesa, los vientos se calman y el mar se serena; caminan bonanciblemente al puerto, y saltando en tierra, dan gracias á Dios que los ha salvado y besan el suelo de la madre patria.

II.

A la sombra de la bandera nacional ha conservado España su independencia, ejecutando los más heróicos hechos.

Sin la corona de héroes y de mártires que cubren las costas del Pirineo, se hubiera convertido en un pesebre de los camellos africanos el altar glorioso de Santiago; pero guiados de la bandera nacional detuvimos los árabes en Covadonga, en Clavijo y en Simancas: á los almoravides en Játiva y en Calatrava; á los almoades en las Navas; y á los beni-merines en Tarifa. Despues de setecientos años de lucha para vencer á los árabes, fuimos al otro lado del Atlántico á buscar un nuevo mundo; ¡gran pensamiento, que solo nuestra nacion comprendió y se atrevió á ejecutar! Ese mismo sentimiento nacional fué el que se levantó despues contra Napoleon, el hombre del destino, el hombre de bronce; vencedor de Egipto; vencedor de Italia; vencedor de Prusia; vencedor de Austria; vencedor de Rusia, y próximo á vencer á Inglaterra; que contaba las batallas por victorias; el génio de la guerra, el instrumento de la Providencia. Contra tan terrible enemigo se levanta nuestra bandera, engendra ejércitos improvisados; afila sus cuchillos; hace soldados hasta de los viejos y los niños, y dá á la historia una epopeya que invocaban despues los rusos en Sebastopol y los franceses en París; enseñando al mundo cómo se defiende la bandera nacional, cómo se muere por la religion y por la patria.

¡Pocos como vosotros, los que componeis este primer Regimiento de Infantería de Marina; pocos como vosotros han sabido reverdecer los laureles de nuestros antiguos campeones! Excediéndoos en el cumplimiento de vuestro instituto, se os ha visto combatir al lado de los ejércitos de mar y tierra, compartiendo con ellos sus peligros y sus glorias; y donde quiera que ha habido laureles que conquistar para aumentar una página brillante á la historia, se os ha visto, dice un compañero de vuestras glorias, mermados, con innumerables bajas, destrozados quizás, pero jamás vencidos.

Díganlo si no las páginas memorables de Trafalgar y del Callao; las gloriosas campañas de Africa, de Santo Domingo y de Méjico, y esa infausta insurreccion de Cuba, que está cortando en flor las preciosas vidas de vuestros compañeros; díganlo, en fin, los muros de Cantavieja y de la Seo y las crestas de Murieta y San Pedro Avanto, en donde sobreponiéndoos á la decadencia de aquel ejército, dísteis el más alto ejemplo de disciplina y de valor, que dejará eterno nombre en los fastos de la Marina; sembrando vuestra carrera de cadáveres y heridos, hasta perder las tres cuartas partes de vuestros compañeros, solo porque ondeára vuestra bandera en las trincheras enemigas; siendo victoreados hasta de vuestros mismos adversarios. ¡Gloria y loor á vosotros, heróicos infantes de Marina! La Historiaescribir á vuestros hechos con letras de oro: la nacion os ha coronado recientemente de lauros, y la bandera de uno de vuestros batallones ha merecido la honra de ser adornada con la corbata de San Fernando, en testimonio de vuestra lealtad y de vuestro valor.

Formando parte de nuestra escuadra nacional habeis contribuido tambien en gran manera á conquistar sus glorias, y el mar guarda en cada ola un recuerdo de vuestras hazañas. Con la escuadra de Pedro III fuísteis á ganar batallas en Nicotena y en Catania, á libertar á Palermo de los angesevinos y á vencer en Sicilia. Con la escuadra de Roger de Flor fuísteis á socorrer á Constantinopla, y á grabar en Atenas y en Asia nuestro nombre, nuestras glorias y nuestras luminosas barras. Con la escuadra de Alfonso V fuísteis á iluminar con los resplandores de nuestras glorias las costas hermosísimas de Parténope. Con las escuadras de los Reyes Católicos y de Cárlos V fuísteis á llevar á Italia el heroismo de Gonzalo de Córdova. Con la escuadra de D. Juan de Austria y del Marqués de

Santa Cruz, llevando en vuestras filas á un Cervántes, fuísteis á libertar de la argolla turca á la rica Génova y á la oriental Venecia. En la escuadra de Isabel II fuísteis, movidos por la fé de vuestros padres, á proteger los derechos de la Santa Sede ultrajados por los reyes de Cerdeña, ¡última vez, quizás, en que han brillado admirablemente entretegidas las dos coronas de la religion y de la patria, en el concierto de las naciones!

III.

He dicho, como corolario de mi discurso, que la bandera nacional representa los intereses más sagrados y las glorias más legítimas de la patria.

En efecto, la bandera nacional fué siempre la primera en tomar posesion de las ciudades reconquistadas del poder agareno, y á medida que se iba ensanchando Castilla delante de la bandera nacional, ella era la fuerza moral que se sentaba en la frontera de nuestros pueblos reconquistados, y la que guardaba nuestros hogares y nuestros templos exigiendo el respeto de los invasores. Ella es la protectora de nuestros derechos nacionales, y la que hace que no caiga impunemente uno solo de nuestros cabellos: ella representa el estado y la sangre que ha sido derramada hace siglos por nuestro pueblo: ella es la nacion con sus mayores y con su historia, con sus batallas ganadas y sus batallas perdidas; pero ella es la bandera sin mancilla; porque, señores, aunque alguna vez se hubiera mancillado nuestra bandera, nunca lo confesaríamos, y nuestro deber seria; que la bandera nacional no debe ser juzgada sino por Dios.

Militares ilustres; infantes de marina: os habeis congregado hoy en este santo templo para dar á Dios las más sinceras gracias por los beneficios que os ha dispensado, protegiendo vuestras vidas y vuestras gloriosas enseñas; y para protestar que de él solo es de quien procede la victoria. Habeis desenvainado vuestras espadas en el acto de leer el Evangelio santo, dando á entender que, como verdaderos soldados españoles, estais dispuestos á defender los derechos de la Iglesia y las doctrinas del Crucificado. Ya habeis oido, aunque torpemente contadas, las hazañas de los que os precedieron en la milicia, y conoceis los sagrados intereses que os tiene encomendados la patria. Debeis, pues, ser el tipo de la fidelidad más

exquisita, cumpliendo el juramento que prestais á esas banderas. En la bandera debe mirar el militar su honra, su vida, su patria; el que la defiende, defiende á una nacion; el que la arranca de las manos de sus enemigos gana una batalla y salva el honor de su pueblo.

Ilustres militares: ¡Que los ejemplos reconocidos de subordinacion y disciplina sean el modelo del porvenir; que el verdadero militar debe ser el mártir de la más decidida obediencia y de la subordinacion más completa! Si el militar es semejante á una máquina que obedece ciegamente al resorte que la mueve, este resorte ha de ser para vosotros la ordenanza y la voz de vuestros dignos jefes.

He concluido, ilustres infantes de Marina!

El honor que hoy me habeis dispensado, con vuestra eleccion, es una prueba de aprecio bien grata para mí, y no quiero separarme de vosotros sin recompensarla. Como amigo vuestro y como vuestro Capellan, con cuyo cargo me honro, quiero daros un consejo saludable: grabadle en vuestro corazon. Vosotros sois el reflejo é imágen del cristiano, porque el cristianismo no es otra cosa que una milicia sobre la tierra, como le llama el santo Job: "*militia hominis super terram.*" Y la Iglesia, nuestra madre, para excitarnos á la práctica de las virtudes cristianas, nos dice: "Sed fuertes en la batalla y pelead denodados contra la antigua serpiente." —*Stote fortes in bello, et pugnate cum antiquo serpente.*—De modo, señores, que el cristiano es un verdadero soldado. Si, pues, vosotros llevais la imágen exterior más expresiva del cristianismo, llevad tambien en vuestras almas sus virtudes. Sed soldados de Jesucristo, Rey de Reyes y Señor de los que dominan, y sed tambien fieles hijos de la Iglesia, que es nuestra verdadera patria en la tierra y el vehículo para llegar á la patria eterna.

Vos, Dios mio! Ser infinito, eterno y omnipotente; verdadero Rey y Señor de los ejércitos! Cubrid á estos religiosos guerreros con el escudo de vuestra proteccion; preservadlos, en mar y tierra, de los peligros de alma y cuerpo; huyan á su vista cubiertos de pavor todos sus enemigos; infundid en ellos el aliento marcial; colmadlos de gloria, para que cumpliendo en la tierra los deberes de soldados cristianos, merezcan recibir un dia la corona inmortal que teneis preparada para los defensores de su religion, de su rey y de su patria. *Amen.*